

barque á Ultramar de la totalidad de los deportados.

Semejante nueva, que en el deber de compañerismo, comunicó el señor Lallana á los demás, les dejó á todos aterrados.

Unido esto á la desastrosa muerte ó mas bien asesinato cometido en la persona del artesano Calisto, todos salieron de la venta de Santa Bárbara temiendo por sus vidas.

Un número considerable de tartanas habia ido desde Valencia.

Fueron alquiladas por los que pudieron gastar, y con ellas llegaron hasta la puerta de San Vicente.

Allí estuvieron mas de una hora aguardando órdenes; hora en que fluctuaron entre la duda y el temor, tal era la situacion de aquellos infelices.

Llegaron por fin las órdenes: se destinó á los presos de la cadena al Grao para donde partieron por la ronda, sin entrar en Valencia, escoltados por la mitad de la fuerza.

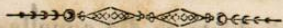
Los distinguidos fueron conducidos á la torre de Cuarte, y la otra mitad de la fuerza les condujo á aquel antiquísimo, triste y oscuro torreón.

Dos salones ocuparon en la parte media del edificio.

Unas altas rejas comunicaban la luz á aquellas estancias.

Ya llegaron los deportados al término de su viaje por tierra.

Ya están en la deliciosa Valencia.... mas ¡ay! que no han de disfrutar con libertad de la hermosura de su cielo, ni de su fértil campiña, deliciosa aglomeración de verjeles encantadores.



CAPITULO XXX.

ARKINKINKOF.

Antes de proseguir nuestra narracion, conviene que sepa el lector las cualidades físicas y morales del alcaide de la torre de Cuarte, á cuyo cargo fueron encomendados los presos de distincion.

Frisaba este *alto* funcionario, y le llamamos *alto*, porque nadie en Valencia ejercia su empleo en puesto mas elevado; frisaba, como ibamos diciendo, en los sesenta años de edad.

Sargento cuando la guerra de la independenciam, habia servido á las órdenes del general Elío, otro Narvaez de aquellos tiempos.

Amaestrado en tal escuela, y después ascendido á vigilante ó guardian de presos militares, júzguese cuál podia ser la acogida que le mereciesen los deportados.

Apenas se hizo cargo de ellos, dando su correspondiente recibo al capitán Olalla, de quien más adelante tendremos el gusto de ocuparnos otra vez, con voz roncajosa, que por mucho que se esmerase por hacerla imponente, escitaba siempre más bien la hilaridad que el respeto, como si mandara el ejercicio á los reclutas, les dijo de esta manera:

—¡Atención!

Y después de formarles en batalla á dos filas, gritó:

—¡Firmes!

Los deportados, á pesar de su triste situación, tenían que morderse los labios para contener su risa.

El alcaide prosiguió:

—Por el flanco derecho á la dré, hileras de frente, paso redoblado... march!....

Y se llevó los presos á un patio donde les pasó lista, y auxiliado por dos de sus dignos satélites que le servían de edecanes, cuyo aspecto, como generalmente el de todos los carceleros, era antipático y feroz, les reconoció individualmente y les hizo registrar de una manera escrupulosa, quitándoles si algunos llevaban cortaplumas ó pequeñas navajas.

Con la misma escrupulosidad fueron registrados los sacos de noche, las maletas, los lios, y se les despojó hasta de las navajas de afeitar que algunos conservaban.

Terminada que fué esta degradante operación, se les mandó subir, por supuesto, siempre formados, á los salones que habían de ocupar.

Una vez en ellos, les dirigió en tono de proclama, la aguardentosa voz en estos términos:

—Señores: están ustedes bajo mi responsabilidad; y debo ad-

vertirles que hace muchos años que ejerzo este empleo, y ningún preso hasta ahora ha burlado mi vigilancia. Yo soy atroz cuando se trata de....

—Tenga usted entendido, señor alcaide.... —Iba á proseguir uno de los deportados; pero fué interrumpido por el alcaide, que gritó con energía:

—¡Silencio! —Y dando con su bastón un fuerte golpe en el suelo, repitió: —¡Silencio!... aquí nadie habla más que yo.

—Pero...

—¡Silencio! Esta es una cárcel militar, y ustedes serán tratados como militares delincuentes.

—Es que nosotros no somos delincuentes —dijeron muchas voces.

—¡Hola! ¿Se falta á la subordinación? —esclamó furioso el alcaide, y dirigiéndose á uno de sus subalternos, gritó: —*Pepet*, que suba fuerza de la guardia. Yo haré entender á estos señores, la subordinación que han de tener mientras estén bajo mi vigilancia.

—Cálmese usted, señor alcaide, —repuso uno de los presos —no hay necesidad de que llame usted á la fuerza armada. Nos basta el mandato de usted para que obedezcamos. Conocemos nuestra actual posición, y no le daremos motivo alguno de queja; todas las personas que tiene usted presentes, somos sujetos de honor, que aun valemos... aun poseemos algo.

—Eso ya es hablar en razón —contestó el canchero. —Yo soy muy rígido en el cumplimiento de mi deber, y no permitiré nunca que se me falte al respeto. Soy muy atroz, señores, y si alguno piensa burlarse de mí...

—Ninguno de nosotros piensa en tal cosa.

—La subordinacion sobre todo.

—Nadie trata de insubordinarse.

—Siendo así, les prevengo en primer lugar, que les está prohibido asomarse á esas rejas, que aunque están muy elevadas, pudieran encaramarse unos sobre otros para ver la calle. Y pobre del que lo intente, porque he colocado en frente una centinela con cierta consigna, suficiente para mandar al otro mundo á quien contraviere á mis órdenes. Tambien prohibo terminantemente que se juegue aquí á las cartas y que se cante y se alborote.... Sobre todo, no quiero riñas ni cuestiones. Prohibo además escribir con lápiz, carbon y de cualquier modo que sea en las paredes. Y no hay que olvidarse de cuanto les prevengo, porque el que falte á la subordinacion....

—Nadie faltará.

—Corriente. En cuanto á comidas y camas, no tengo orden de suministrarlas á nadie, ni de ninguna especie. Este establecimiento es puramente militar.... No quiero decir que los militares vivan del aire como los camaleones; pero... En resumen, en este establecimiento no hay fondos. Por eso han traído á ustedes aquí, y á los mas pobres los han llevado al Grao, donde comerán el rancho y el pan que comen los demás presidiarios. Pero yo he calculado que ustedes querrán comer y dormir.

—Ya vé usted, son dos necesidades tan precisas....

—A eso voy; calculando yo eso mismo, he dado mis órdenes á estos dos mozos, que están presentes, y luego subirán otros dos, para traerles camas y comida, que en Valencia no faltan fondas ni casas donde se vende y alquila todo lo necesario.... en habiendo dinero.

—No falta, gracias á Dios.

—Corriente. Yo soy tolerante en todo aquello que no se opone á la subordinacion, porque aunque muy rígido en el cumplimiento de mi deber, lo cortés no quita lo valiente, y con tal de que lo paguen ustedes, les permitiré todas aquellas comodidades que no comprometan mi responsabilidad.

—Damos á usted muchas gracias por todo.

—Tambien tendrán ustedes que pagar á estos mozos los mandados que les hagan.

—Ya estamos en esa inteligencia.

—Y para que vean, que aunque soy muy rígido, quiero complacerles, les concedo dos horas de comunicacion al dia. Ustedes elegirán si las quieren de la mañana ó de la tarde.

—Como usted guste, nos es indiferente.

—Corriente, las tendrán ustedes por la tarde de cinco á siete. Entonces podrá subir el *tío Nelo*, el horchatero de la calle de Cuarte, para que refresque el que quiera. Tiene buen género y barato... Con que, señores, cuidado con lo que se hace... Subordinacion sobre todo, y ahora ¡firmes!... á derecha é izquierda... rompan filas!

Y con toda la gravedad de un necio presumido, volvió la espalda el alcaide atroz, dejando asombrados á los presos con tan grotescos modales, después de haber visto que el capitán Olalla, al despedirse de ellos les habia estrechado la mano y aun abrazado, prometiendo volver á verlos antes de emprender su regreso á Madrid.

Cuando se alejó el alcaide, quedaron con los presos los dos demandaderos, y á poco subieron los otros dos, á quienes los deportados dieron sus órdenes para que se les facilitasen comidas y camas, que obtuvieron á precios tan exorbitantes, que la manutención

cion mas precisa y una humilde cama, sin contar propinas, cigarros, etc., vinieron á resultar en veinte reales diarios á cada individuo.

Por fin, quedaron ya solos y encerrados los presos.

Entonces fué cuando cada cual siguió los impulsos de su carácter, unos maldiciendo al gobierno que por tales infortunios les hacía pasar, otros riéndose de la antipática figura, de la estraña voz y bruscos modales de su nuevo guardian.

Algunos propusieron hacer presente al gefe político de la provincia, que lo era á la sazón don Alejandro de Castro, la conducta poco regular del alcaide; pero otros mas cautos, y que conocian mejor el mundo, estuvieron porque lo mas acertado seria entenderse de una manera *significativa* con el mismo alcaide, seguros de conseguir así cuanto apeteciesen.

Prevaleció este dictámen, y fué á buen seguro el mas provechoso, conforme se verá después.

Calmados los ánimos de algunos á quienes habia hecho poquísimá gracia la chocarrera conducta del alcaide, y puesto este en berlina por las felices ocurrencias de aquellos á quienes el infortunio no habia aun extinguido su buen humor, exclamó uno de estos:

—¿A que no adivinan ustedes á quién se me figura ver en nuestro furibundo alcaide?

—A Neron en parodia—respondió uno.

—Peor.

—¿Peor que Neron? Pues entonces á Narvaez.

—No señor.

—A Francisco Chico.

—Tampoco.

—¿A Sartorius?

—Menos.

—Pues ¿á quién?

—A Arkinkinkof.

—Ese caballero será sin duda una persona muy conocida en su casa; pero...

—¿Han visto ustedes una ópera francesa titulada *Adolfo y Clara* ó *Los dos presos*?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Yo sí.

—Sí, sí.

—Pues bien, en esa ópera hay un carcelero de la misma facha, de idéntico humor y de igual talante que se apellida Arkinkinkof.

—Es verdad, es verdad—dijeron algunos riendo.

—¡Arkinkinkof! ¡Arkinkinkof!—esclamaron otros entre carcajadas.—¡Bravo! ¡bravísimo! Desde este momento no se le da otro nombre.

—Señores, entiéndase que el alcaide de la torre de Cuarte en Valencia se llama Arkinkinkof.

—Sí, sí, Arkinkinkof.

—Pero es preciso—añadió una voz—que á este furioso carcelero se le convierta en mansísima oveja.

—¿Y cómo se hace el milagro?

—Muy fácilmente. Yo apronto un duro por mi parte. Vengan otros á duro por barba, y me encargo de esta interesante metamorfosis.

—Aprobado—esclamaron todos.

Efectivamente, cada uno aprontó su cuota, y apenas terminaban esta operacion, cuando la puerta de la prision se abrió de improviso y entraron un comisario de policia, dos municipales, y el ya famoso Arkinkinkof que les guiaba.

—Señores— dijo este— ¿quiénes de ustedes se llaman don Fulano y don Mengano de Tal? (pronunciando los nombres y apellidos de dos deportados).

—Yo, yo— dijeron los aludidos, no sin la mayor inquietud y recelo, atendidas las azarasas circunstancias que atravesaban.— Nosotros somos... no podemos negarlo.

—El señor comisario de policia, que es este caballero, les busca á ustedes.

La angustia de los nombrados subió de punto.

—Efectivamente, señores— dijo el comisario— tengo el placer de anunciarles una feliz noticia.

—¡Una feliz noticia!— exclamaron á un tiempo los interesados.

—El señor gefe político acaba de recibir una orden de la córte para poner á ustedes dos inmediatamente en libertad, y espedirles pasaportes para Madrid ó para donde mejor les plazca. En su consecuencia están ya libres y pueden salir de la torre en este mismo momento.

De la terrible duda, del angustioso recelo que abrigaban un instante hacia, pasaron al colmo de la felicidad y á la mas grata emocion.

Abrazaron á todos sus compañeros, asegurándoles que no sabian ni podian atinar cómo ni por quién podia haberse verificado aquel prodigio.

Sentian en el alma que tan inmenso beneficio no hubiera recaí-

do en todos los deportados, prometiéndoles que antes de emprender su viaje volverian á despedirse y á ver lo que se les ofrecia para Madrid, donde pensaban gestionar incesantemente en favor de unos compañeros, á quienes hubieran querido no dejar en tan triste estado.

Marcharon en aquel mismo instante, y la puerta de la cárcel se cerró en pos de ellos.

El que haya estado preso, comprenderá perfectamente el efecto que causaria á los deportados el ver que se habia puesto en libertad á dos de sus compañeros.

Dos afecciones distintas impresionaron profundamente á los que se quedaban: la complacencia que espermentaban por la dicha de los que regresaban al seno de su familia, y el sentimiento natural de no poderles seguir.

Pocos momentos después, comenzaron á entrar los demandaderos con camas, trayendo algun refrigerio ínterin llegaban las comidas.

El depositario de lo que se habia reunido poco antes para conquistar la benevolencia del feroz alcaide, cantidad que ascendia á poco mas de cuatrocientos reales, aproximóse á los demandaderos y les dijo:

—Tengan ustedes entendido que nosotros deseamos que se nos sirva con esmero; y si así se hace, pagaremos con generosidad. Por ahora ahí van un par de duros de propina anticipada, sin perjuicio de satisfacerles cumplidamente su trabajo. Ahora sirvanse ustedes decir al señor alcaide que deseamos tener con él una breve conferencia.

Es bien cierto que no habian trascurrido cinco minutos, cuando ya Arkinkinkof, á quien sin duda enteraron sus subalternos de

la generosidad de los encarcelados, habia acudido al llamamiento.

—¿Qué se ofrece, señores?—preguntó sin abandonar aun su tono brusco.

—Deseamos hablar con usted.

—Es que no gusto que se me distraiga de mis ocupaciones.

—Serán pocas palabras.

—Ni me acomoda subir y bajar por el capricho de ustedes.

—Si usted tiene la bondad de escucharme...—continuó el referido depositario.

—Siempre será alguna exigencia contraria á los principios de la subordinacion. Despache usted, que tengo prisa.

Retirados á un extremo de la sala el depositario y Arkinkinkof, hablaron por el espacio de unos diez minutos, durante cuyo período se advirtió que el primero sacó un pequeño envoltorio de su bolsillo y lo entregó al segundo, el cual lo recibió con muestras evidentes de gran complacencia.

Poco después, aproximándose los dos á los que desde su sitio estaban observando el misterioso diálogo, haciendo el alcaide una estraña mueca con la sonrisa que prolongaba sus labios y procurando dulcificar su inverosímil voz, dijo inclinándose humildemente:

—Señores, yo soy muy exacto en el cumplimiento de mis deberes, y si me muestran atroz con los delincuentes que la superioridad confía á mi vigilancia, es porque así lo exigen los principios de una prudente subordinacion; pero tambien sé distinguir los colores, y hacerme cargo de las circunstancias atenuantes que pueden influir en su mas... y en su menos.... y.... como voy diciendo... hay ciertos casos en que la severidad.... la subordinacion.... Reasumiendo, señores... este caballero me ha enterado de las clases á que ustedes pertenecen. Yo no habia visto mas que sus nom-

bres; pero estaba muy lejos de imaginar que vinieran aquí en clase de presos, señores jueces, coroneles, oficiales, abogados, escritores... ¡Cómo habia yo de imaginarme tal cosa!

Al llegar aquí se quitó la gorra, y continuó en tono aun mas humilde:

—Desde este momento pueden ustedes contar con mi proteccion. Yo tengo una confianza completa en el honor de tan nobles caballeros. Esa puerta quedará abierta para que puedan ustedes bajar hasta el rastrillo interior y pasearse por los patios.

—Es usted muy bueno, señor alcaide—dijo uno de los presos.

—Ahora mandaré subir dos mesas—añadió el alcaide—tintor y papel para que puedan escribir á sus familias.

—Mucho lo agradeceremos.

—No tienen ustedes que agradecerme nada. Yo soy muy exacto en el cumplimiento de mi deber, y me declaro protector de la inocencia, porque unos caballeros como ustedes, no pueden menos de ser inocentes, y bajo este concepto aumento las dos horas de comunicacion hasta seis, tres por la mañana y tres por la tarde, permitiendo que las personas que gusten visitarles suban á esta sala, donde mandaré colocar algunas sillas.

—¡Viva el señor alcaide!—dijo uno.

—¡Viva!—gritaron todos.

—Pero no podemos permitir—añadió el consabido depositario—que esté usted con la gorra en la mano.... al cabo es usted nuestro gefe.

—Yo soy criado de ustedes, y nada mas—replicó el alcaide.—Y mañana, porque es ya tarde ahora, les conduciré á lo último de la torre, desde donde se descubren las mas preciosas vistas que tiene Valencia. Desde allí verán ustedes la hermosa huer-

ta, el Grao, el Cabañal, el mar.... Con que.... espero, señores, que quedamos amigos.

—¡ Oh!.... sí....—dijeron todos, estrechándole la mano los que tenia mas cerca.

—Hasta luego; y si se ofrece algo, ahí están los muchachos.

—*Pepet*—dijo á uno de ellos—cuidad bien que se cumpla todo lo que quieran estos caballeros. No vayais á creer que son presos como otros cualesquiera; haceos cuenta que el que menos es un capitán. Hasta despues, señores.

Y se marchó dejando la puerta abierta, y advirtiendo á los mozos que si venia alguna persona preguntando por los presos, la hicieran subir al instante.

No se hicieron aguardar mucho las mesas, sillas y útiles para escribir.

La mayor parte de los deportados, después de conceder todos por unanimidad, un voto de gracias al depositario que con tanta habilidad y prontitud habia ablandado el corazon de Arkinkinkof, aprovecharon la ocasion que se les presentaba para escribir á sus familias dándoles noticia de su llegada á Valencia.



CAPITULO XXXI.

EL RESCATE.

Habíanse pasado cinco ó seis horas desde que estaban los deportados en la ciudad del Cid, y eran muy pocas las personas que se presentaron á visitar individualmente á algunos de ellos.

Los dos dias que habian permanecido en la venta de Santa Bárbara, junto á Catarrocha, habian notado ya que los liberales de Valencia no imitaban la conducta de los de Albacete, Almansa y La Roda, y lo atribuian, como hemos dicho, á la iracunda persecucion que tambien allí sufrían los patriotas de parte de la autoridad militar y civil de aquella provincia.

Creyeron sin embargo que si en la citada venta no era posible, por ser demasiado ostensible el viaje desde la ciudad, al menos á su llegada hubieran recibido en Valencia algun testimonio de simpatías de sus correligionarios políticos.

No querian los presos ningun auxilio pecuniario, tampoco as-